

sombras de nuestra vida, han pintado auroras de felicidad en las lontananzas del porvenir. Pero es mejor la paz. Cesen ya de rugir las bronceadas fauces de la guerra. No troqueis, otra vez, la serenidad de vuestro hogar y las complacencias de vuestras cotidianas tareas, por los azares y los sufrimientos del campo de batalla.

Y vos, Señor (*dirigiéndose al Presidente de la República*), á quien el entusiasmo de un pueblo elevó á tan notable altura, que habeis merecido ser llamado segundo Hidalgo, pues recabasteis el patrio suelo por extranjera gente profanado, nunca hubiérais razón más oportuna para afirmar la prosperidad de la República. Que vuestro gobierno sea incontrastable muro en que se rompa el oleaje revolucionario. Ninguna de vuestras espléndidas victorias, ninguno de vuestros admirables heroismos será tan celebrado y agradecido por la posteridad, como el haber empezado la reparación de nuestra patria mártir.

¡¡¡MEXICANOS!!! Vuestros padres, habiendo llevado hasta el milagro el heroismo, y con las heces de la más amarga decepción en los labios, se hundieron en la sima de la muerte, dejándoos la Patria que os faltaba: con el bautismo de su sangre pudisteis presentaros, regenerados, en la constelación de las naciones. Ahora á vosotros sólo pertenece merecer tamaño beneficio y haceros felices por medio de la paz y del trabajo.

(Aplausos en todas partes).

## DISCURSO PRONUNCIADO

EN EL PANTEON DE SAN FERNANDO

# EL DIA 5 DE MAYO DE 1881

SEÑOR PRESIDENTE: SEÑORES:

¡Qué magnífico espectáculo el de un pueblo que suspendiendo sus tareas diarias, se congrega afanoso cerca de la tumba de sus héroes, como para decir á la muerte que en vano ha pretendido amortajar en sus sombras á la virtud y á la gloria! ¡Cuánto significa para el porvenir de México, cuánto son precursoras de futuras grandezas estas ceremonias solemnes renovadas cada año por la Patria agradecida, señal indudable de que el sentimiento de independentia no se apagará jamás en nuestro corazón!

Ayer este pueblo gemía víctima de la más injusta de las invasiones; nuestros mares se estremecían hirvientes bajo la quilla de extranjeras naves, y el humo denso de un combate sin tregua era el ambiente espeso que respiraban nuestros pechos. Hoy, apagados para siempre los ruidos de la pelea; seguras de toda invasión nuestras fronteras; convertido este suelo, no há mucho campo de batalla, en tierra prometida adonde viene el extranjero á realizar sus ideales de trabajo á favor de las liberales instituciones que nos rigen; no escuchándose ya sino el estrépito de los talleres y del vapor, como un hossana entonado al cielo por la libertad y por la industria; hoy, digo, en medio de tanta vida, un sentimiento de tristeza se

mezcla á la alegría de nuestra alma, y el recuerdo de antiguos sacrificios, á la par que el orgullo de inolvidables victorias, nos traen á esta mansión augusta de la muerte, para regar con las lágrimas de nuestros ojos y las flores de nuestra imperecedera gratitud, esta tumba venerable donde duermen el eterno sueño los restos de un soldado ilustre, ante cuyo valor nunca domado, cayó de hinojos la histórica altivez de la Francia imperial.

Todo debe esperarse de un pueblo que así cumple con el sagrado deber del patriotismo. ¡Ah! Todas las pasiones, todos los sentimientos, todas las virtudes con que Dios ha formado el humano corazón, se encierran y comprenden bajo la realidad de esa palabra. El amor de nosotros mismos, del que es una grandiosa revelación el afán con que defendemos nuestro sagrado derecho de ocupar un lugar en el espacio; el sentimiento de la familia que es el bosquejo de la Patria presentida á través de los arreboles del hogar; el amor de los padres, de todos aquellos de quienes hemos recibido la sangre, la lengua, la ternura, los cuidados, la herencia material é inmaterial; el amor de la esposa, hiedra que toma de nosotros el calor de la vida y que se escuda bajo nuestro brazo; el amor de los hijos, espejo y trasunto de nuestro sér, á quien debemos dejar la vida, el nombre, el suelo, la independencia y el honor nacional; el sentimiento de la propiedad que nos da un pedazo de esta tierra de que somos formados; el amor del cielo, en fin, del aire, de la luz, de las montañas, de los horizontes, de los climas en que hemos nacido, deleite de nuestros ojos, goce de nuestros sentidos; todo cuanto hay de grande, de noble y levantado en el humano espíritu, se encierra en esa pasión sublime, que ha inundado de luz la carrera de los siglos, y engendrado los héroes y los mártires, los Prometeos de la humanidad sobre la tierra.

Un pueblo, pues, que tan celoso se muestra por el culto de los manes de sus heroes; cuando ha defendido su libertad en grandiosa epopeya; por las virtudes que revela tener, está llamado, sin duda, á realizar grandes designios de la Providencia, á ocupar puesto distinguido en el concierto de las naciones, dejando su planta impresa, como una huella de inextinguible luz, en las páginas inmortales de la historia.

Pero volvamos atrás nuestra mirada; evoquemos al pie de esta querida tumba los recuerdos de antiguos sinsabores, de aquellas no olvidadas angustias, á cuyo precio solamente pueden hoy nuestros labios pronunciar el dulce nombre de la Patria y entonar el canto de la victoria.

¡Qué contraste tan amargo, señores, el que precedió á nuestra lucha con la Francia! Faltos de ejército; agotado nuestro erario por largas guerras civiles; sin grandes jefes que á las masas condujeran al combate; ardiente todavía á nuestras plantas el volcán de invencible revolución intestina; destrozado nuestro seno por partidos y bandos que en porfiada y tenaz lucha habíanse disputado el poder, no éramos capaces de ofrecer sino miseria, no podíamos sino presentar nuestras heridas aún abiertas y manando sangre á la nación, cuyo nombre había sido escrito por la espada del primer Bonaparte en las Pirámides y en el Tabor, y que lanzaba aún sobre el mundo las últimas pavesas de los rayos de Jena y de Austerlitz.

Pero ha podido siempre más la libertad que el despotismo: aquella es hija del cielo, éste es engendro monstruoso de los hombres. ¿Qué importa el número de los combatientes, la flaqueza de las fuerzas, el prestigio del enemigo, si la idea de justicia es más poderosa que todo esto, y Dios no desampara nunca á los pueblos que defienden su libertad?

Así, recordadlo: una tempestad rugía y se en-

roscaba sobre nuestra Patria: las ansias de la muerte no ofrecían á nuestra vista sino un próximo porvenir triste y luctuoso. ¿Qué iba á ser de México, de esta nación nacida ayer, con los albores del presente siglo, ante la Francia grande, ante la heroica y poderosa Francia?

Rotos por sus Comisarios los tratados de la Soledad, último esfuerzo de nuestra diplomacia para conjurar la guerra, sólo ella quedaba amenazante en nuestro suelo, frente á frente de nosotros. Las escuadras de España é Inglaterra, cubiertas de honor y gloria, volvían ya la proa hacia su patria.

Pasaron algunos días, días de horrible espectación, que presagiaban indefectible derrota, durante los cuales parecían apagarse los latidos de nuestro corazón.

Nuestras tropas engrosadas con algunos artesanos, labradores y estudiantes de la ciudad de Puebla, en escaso número de 5,000 hombres, al mando del General Zaragoza, acampan en los cerros de Loreto y Guadalupe, antiguas iglesias, desde cuyos muros podían observarse los movimientos del enemigo.

Amanece el 5 de Mayo. El ejército francés empieza á divisarse como una onda azulada en el horizonte. ¡Un silencio solemne, como el que precede siempre á los grandes sacrificios, parece estagnar los aires y cernerse lúgubrememente sobre las quietas hojas de los árboles!

El francés se dibuja ya claramente á la vista de nuestras tropas. ¡Por fin va á consumarse el miserable atentado del despotismo sobre un pueblo libre!

Ya ascienden en orden admirable por las faldas del cerro de Guadalupe las columnas compactas de los zuavos, marinos y cazadores de Vincenes, para derramarse en seguida como una inundación sobre el valle en que duerme la ciudad. ¡Dios mío! ¡Dios de la justicia! ¿verán tranquilos tus ojos el holocausto de

la libertad, próximo á ensangrentar nuestro suelo? ¿no infundirás tú, que en todos tiempos has derribado el poder de los tiranos y ensalzado la causa de los pueblos, aliento de heroísmo á los que van á defender su hogar, su nombre y su derecho injustamente atacados? ¿nadie detendrá á los invasores de la patria?

Esperad: que no en vano despliega sus colores en el azul del cielo, sobre ese Gólgota sublime, el pabellón nacional! De súbito aquellas almenas mudas, aquellas torres sombrías parecen animarse, y convertidas como por encanto en inexpugnables baluartes, vomitan fuego y metralla sobre los invasores, y arrojan sobre ellos, como águilas de sus nidos, á los aguerridos *zacapoaxtlas*. Trábase entonces una lucha sangrienta. La indignación de la Patria, tanto tiempo contenida, se desborda como un torrente devastador sobre los enemigos. La confusión divide y desordena las columnas francesas. Verificanse por uno y otro lado episodios sublimes, dignos de eterna recordación. Un zuavo llevando en la una mano el fusil y en la otra el pabellón de su patria, se desprende del cuadro de sus compañeros, se lanza de un salto en medio de la humareda del combate hasta el muro de Loreto, lo escala en un instante, y cuando pretende colocar sobre él el pabellón imperial, uno de nuestros artilleros, ébrio de cólera, no teniendo tiempo para más, arroja sobre el héroe francés un frío proyectil y recibe en el instante una herida mortal en la frente, y ambos ruedan como dos cuerpos inertes sobre la pendiente; pero Dios concede un minuto más de vida á nuestro bravo soldado, el cual agoniza despedazando con sus dientes el águila imperial.

Negrete, joven General, á cuyo mando estaban los fuertes de Loreto y Guadalupe, salta de improviso, y sacando de su pecho esos acentos que son la inspiración de la victoria, pronuncia estas palabras sublimes que hacen resplandecer la justicia divina so-

bre el campo de batalla: "¡Gran poder de Dios, salva á mi Patria!"

Dios, en efecto, bendecía desde su trono de estrellas á nuestros bravos soldados, que luchaban y morían como los mártires, por la causa sagrada de la libertad.

Horas después la lucha había terminado, y los vencedores en cien combates, ante la fiereza de un pueblo que con tanto denuedo había sabido resistirlos, bajaban apresurados y confusos, y sólo volvían de vez en cuando la atónita mirada hacia aquellas cimas de Loreto y Guadalupe, relampagueantes con la luz de la victoria.

Hé aquí, señores, el primer episodio eternamente memorable con que se abre paso en la historia, esa épica leyenda que se llama nuestra segunda guerra de Independencia. Después de él, convencida la Francia de que era impotente para ahogar nuestra libertad con un puñado de hombres, envió nuevos ejércitos que en todas partes, sin embargo, en una campaña de seis años, comprendieron cómo recibía México á los enemigos de su Independencia.

El valor de nuestras tropas creció hasta tocar en el heroísmo. El sol de Mayo de 1862 infundió siempre alientos de combate á nuestro pueblo, y de un extremo al otro de la República, convertido todo el país en un extenso campo de batalla, hecho soldado todo ciudadano, sin más afán ni pensamiento que la defensa de la Patria, pasearon nuestros ejércitos muchas veces victorioso, vencido pocas; pero siempre radiante de honor y gloria, aquel estandarte inolvidable tremolado por el inmortal Zaragoza en las cimas de Loreto y Guadalupe.

¡Qué error tan grande, señores, el de Napoleón III, al emprender la subyugación de un pueblo libre y el planteamiento de una monarquía, aquende los mares! Cuando el espíritu democrático se difunde por todas

partes, y anima como un nuevo soplo de vida las más gastadas instituciones; cuando el principio de la soberanía de los pueblos, tema antes de las escuelas; discutido tan sólo en las academias y en los liceos; á virtud de las revoluciones de la misma Francia y por la que en sí propias tienen todas las ideas progresivas, ha pasado á ser una realidad viviente en las leyes y en las costumbres; cuando innumerables centellas han caído sobre todas las conciencias é iluminado y como caldeado todas las sociedades; cuando la ola revolucionaria ha ahogado más de una vez en piélagos de sangre y pavorosos incendios han reducido á cenizas la antigua idea monárquica, no era posible, nó, que la mano de un monarca de la Europa, por muy poderoso y prestigiado que se le suponga, lograra extender el sudario del despotismo sobre un pueblo nacido, sin duda, para la democracia, producto de las irradiaciones que han relampagueado en otros países, capaz de haber destruido, en su infancia, una monarquía nacional, y cuyo mismo sol, según la frase de un célebre americano, había sido siempre propicio para derretir las coronas en las sienes de los reyes y hacer saltar á pedazos las cadenas de todos los esclavos.

Pero no hagan nuestros labios, al celebrar inolvidables victorias, cómplice al gran pueblo francés de los funestos extravíos del último de los Bonapartes. Contra ellos han protestado, en el seno de la misma Francia, voces tan augustas como la de Thiers, Fabre y Víctor Hugo. Si España es nuestra madre por la raza, á Francia, cerebro del mundo, somos deudores de la ciencia, del arte, del sentido de nuestras instituciones, de la influencia de la democracia en nuestra tierra hispano-americana.

Mejor que maldecir á la gran nación, de la cual ha partido, como de inmenso hogar, la plenitud de la vida moderna, lloremos, sí, lloremos con ella los gran-

des dolores que la han abrumado en el presente siglo. Francia ha sufrido precisamente por extirpar los errores que ennegrecían la conciencia universal.

Si sus desfallecimientos lograron apagar en ella la idea democrática, hoy palpita en su seno, llena de robusta fuerza, la institución de la República, por cuyo medio volverá á ser, como lo exige la índole de su raza, la protectora constante, la infatigable amiga de todos los pueblos libres de la tierra.

¡¡¡Mexicanos!!! Han pasado para siempre los tiempos luctuosos en que era preciso verter la sangre por la defensa de la Patria. Que no vuelva tampoco á turbar el sueño de nuestros héroes el estrépito de la guerra civil. Considerad que ellos han muerto, exhalando gozosos hasta el postrer aliento de la vida, para dejarnos la patria independiente.

Tened fe en el porvenir. El camino del progreso es áspero y fatigoso; pero mirad hacia adelante, y entre claras lontananzas divisareis una inmensa llanura. Nada os falta para ser felices: teneis todos los elementos en vuestras manos: en la historia, un pasado glorioso; en el pueblo, raza robusta y altiva, propia para el trabajo y para la libertad: en las leyes, igualdad de derechos, campos dilatadísimos para ejercer la inteligencia y las creadoras fuerzas: á vuestra vista, las cimas del poder aseguibles á todos los talentos y á todas las ideas.

No desaprovecheis, que sería horrenda ingratitude, este feliz momento histórico, que en sus favores os brinda la Providencia.

## DISCURSO PRONUNCIADO

El 8 de Septiembre de 1892,

EN LA FIESTA DE CHAPULTEPEC, PARA CONMEMORAR

LA GLORIOSA JORNADA

# DEL 8 DE SEPTIEMBRE DE 1847